

da la impresión de una ciudad inhospitalaria. Pero cuando uno la conoce a fondo, cuando se adentra en su alma... entonces, es más inhospitalaria todavía. En una de mis recorridas llegué a encontrar a un francés que sabía donde quedaba América del Sur, pero lo disimulaba tanto como si fuese un secreto de guerra».

Pero no fueron las impresiones del contacto cotidiano con los franceses la causa de regreso a la Argentina. A mediados de 1936, cuando todo estaba listo para iniciar otra gira por España y quizás extender el radio de acción a Italia e Inglaterra, el levantamiento nacionalista en la península frustró los proyectos. Los músicos españoles de la orquesta quisieron volver inmediatamente a sus hogares y aquella aventura europea del tango llegó a su fin. En Italia quedó sin efectivizarse un suculento contrato para el circuito Pittaluga, por un año de duración, cuyo total ascendía a 260 mil liras. Por un momento, Enrique pensó en hacerse una escapada a Roma, para interiorizarse de los términos del contrato, pero la política mundial lo desalentó. Era prácticamente imposible seguir trabajando en Europa, «la última civilización».

Enrique y Tania hicieron las valijas y se despidieron de Tomás Le Bretón, el embajador argentino en Francia, un viejo amigo del tangófilo ex presidente argentino Marcelo T. de Alvear. Le Bretón era un admirador de la pareja, y la había ayudado en la preparación del cronograma de actuaciones, además de renovarles el pasaporte diplomático. Poco antes de partir, Enrique y Tania brindaron con el embajador por el futuro del tango y la paz europea. Sabían que lo primero era más fácil de garantizar que lo segundo.

El reencuentro con Buenos Aires, sin embargo, se demoró un par de meses más. Río de Janeiro era una plaza que no se podía obviar. La excitación por actuar en Brasil quedó neutralizada por el dolor y la desazón que produjo en todo el barco la noticia del asesinato de García Lorca. La guerra civil española borró todo atisbo de festividad a bordo. A diferencia del viaje de ida, el de vuelta estuvo signado por la tragedia española.

Tania, monárquica desde siempre, se afligió por la situación de su país con sentimiento patriótico y humanitario. Pensó en sus parientes españoles, simpatizantes de la rebelión franquista, pero también en las relaciones republicanas que habían hecho durante la estadía y en los inmigrantes de Buenos Aires que imaginaba consternados por el golpe militar.

Enrique tuvo una posición más democrática: en diálogo con sus amigos defendió la causa republicana, si bien, como era su costumbre, no hizo en público declaraciones partidarias. Se refirió al Apocalipsis europeo a partir de la guerra española, punto axial de una crisis internacional que pronto se iba a extender al resto del continente: «Hubiera deseado contar cosas

de España, primer país que visité y que conocí mucho, pero es demasiado dolor el de este instante para recordarla: felicidad la mía de haberla conocido antes de su destrucción».

Discépolo habló de la destrucción sin establecer responsabilidades, con su típica mirada fatalista. En un momento de polarización de los intelectuales y de la opinión pública argentina, aquella actitud adoleció de cierta vaguedad y tibieza. Los vínculos de Enrique con la izquierda argentina, si bien nunca habían sido demasiado importantes, hacia fines de los 30 no eran muy sólidos. Es posible que su visión de España estuviera influida por la de Tania. Unos años antes, en su tango *Qué sapa, señor*, se había mostrado algo desilusionado por la caída de Alfonso XIII: «Los reyes temblando remueven el mazo/ buscando un 'yobaca' para disparar.../ y en medio del caos que horroriza y espanta./ la paz está en yanta, y el peso ha bajao...».

Las impugnaciones discepolianas del mundo estaban desideologizadas: esa era, en gran medida, la clave de su éxito popular y en cierto modo el secreto de su «universalidad», ese espesor casi antropológico de su poesía, pero también la debilidad política de quien parecía estar juzgando al género humano más allá de sus circunstancias históricas.

Si el idealismo crociano había revitalizado unos años antes el panorama teatral argentino, los tangos de Discépolo lo prolongaban y combinaban con otras matrices. También lo hacían sus monólogos, reflexivos y «neutrales», vehículos de una denuncia demasiado vasta y general como para condenar a nadie en particular y al género humano en su conjunto: «¡La cultura y la ciencia!, conquistas sobresalientes de esta civilización que ha hecho de lo imposible, lo realizable... y del pan, un artículo de joyería... ¡Si supieran qué hambre hay en el mundo! Pero hambre de pan. De ese que se vende en las panaderías... uno medio larguito, hecho de harina... ¡Qué espanto!».

El contacto con la geografía brasileña puso entre paréntesis las preocupaciones por el drama español. No las borró, sólo las suspendió, como hubiera sucedido con el *dancing* de Mister Wunder. El Casino Da Vica de Río hizo del tango un espectáculo primaveral, pero también una música de fondo para ruido inmovible de las fichas de 100 mil reis y el rastro del bacará en el juego de banca y punto.

El corresponsal de *¡Aquí está!* en Río de Janeiro, Octavio Rivas Rooney, describió el ambiente mundano en el que Discépolo trabajó durante un mes: «Se nubla la escenografía. Se apaga la voz, se ilumina el silencio. Hay paraguayos, chilenos, españoles, italianos, dirigiendo pretendidas típicas porteñas, y de pronto, en pleno corazón de la ciudad nocturna, Tania y Discépolo reivindican el dolor proletario del tango, desde la pista lujosa



Enrique Santos
Discépolo

de un casino aristocrático. Los mismos tangos de tantas noches porteñas. La emoción quebrada, el vuelo absorto, la severa partida de la voz hacia nuestro silencio. Todo esto canta, vibra, deslumbra, allá donde las damas disciplicentes juegan sus fichas...».

Al finalizar uno de tantos conciertos cariocas, aparentemente lejos de las balas europeas, ya pensando en Buenos Aires, Enrique se dirigió a los

argentinos, a través de Rivas Rooney. Las declaraciones trasuntaban el sentimiento del deber cumplido: «Dícales a los muchachos de Buenos Aires que el tango se está dignificando en el mundo. Hace rato que dejó de ser la música prohibida. Pero ahora, además, es la música sentida. Como una llovizna fina y persistente, el tango empapa a la larga, empapa...».

Sergio A. Pujol

